

COMUNICACION Y DERECHOS HUMANOS: LOS ESCRACHES DE LA AGRUPACIÓN H.I.J.O.S. DESDE LA ÓPTICA DE LA COMUNICACIÓN ALTERNATIVA

Carlos Ernesto Espeche

Universidad Nacional de Cuyo

ernestoespeche@speedy.com

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es un avance de la investigación enmarcada en el proyecto de tesis doctoral: “El papel del periodismo en la legitimación/deslegitimación del movimiento de derechos humanos en Argentina desde la restauración democrática”, cuya dirección está a cargo de Alcira Argumedo y de Víctor Ego Ducrot.

El escenario del análisis que aquí se propone es la Argentina desde la segunda mitad de los noventa. Estas coordenadas espacio/tiempo representan el momento histórico en el que irrumpen nuevas formas de expresión de la protesta social como resultado del desastre económico y social que dejó el neoliberalismo impuesto en la última dictadura, luego continuado y profundizado por los gobiernos democráticos que la sucedieron. Treinta mil desaparecidos, una generación desmembrada, una sociedad dominada por la cultura del miedo y millones de pobres y desocupados fueron el doloroso saldo de la implantación y desarrollo del modelo. Este escenario fue el marco para la aparición de formas de lucha novedosas como el piquete, creado por el entonces floreciente movimiento de desocupados, o como el escrache, en principio impulsado por el movimiento de derechos humanos y luego tomado por otros sectores en lucha.

Diversas prácticas del movimiento de derechos humanos argentino pueden ser entendidas como una herramienta de comunicación. La ronda de las Madres de Plaza de Mayo, el icono del pañuelo blanco pintado en las plazas o la consigna de “aparición con vida”, son algunos ejemplos de los distintos modos que utilizó el movimiento para dar a conocer sus reivindicaciones, tanto en la etapa dictatorial, como en los sucesivos gobiernos democráticos.

Cada uno se vinculó con el contexto político y con las necesidades de las organizaciones en su lucha por la memoria colectiva. Las rondas en Plaza de Mayo de un puñado de Madres en tiempos de apogeo dictatorial fueron un potente instrumento para dar a conocer su demanda de “aparición con vida”. Los escraches de H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio) representan una herramienta para el “juicio y castigo” en tiempos de impunidad.

LAS LUCHAS POLÍTICAS POR LA MEMORIA

Existe una paradoja: el pasado no se puede cambiar, es todo aquello que se vivió de un modo u otro y que en el presente lo podemos observar pero no modificar. Por el contrario, lo que en el futuro pasará no está determinado con anticipación, es lo que está en construcción plena y no tiene la característica de estar predeterminado.

Es en este sentido, Elizabeth Jelín plantea que “lo que podemos cambiar y formular hoy, respecto del pasado, es la interpretación que de él hacemos y el sentido que le damos, así como la importancia que se le asigna y su proyección hacia ese futuro” [1]. Este modo de reutilizar el pasado, de hacerlo activo, es la visión de los actores sociales que se paran frente a la realidad, frente al presente, para confrontar con ella y con otras visiones contrarias a esta concepción. Se paran contra quienes prefieren olvidar o sencillamente callar, son quienes actúan y militan usando el pasado y dando a conocer a la sociedad sus interpretaciones, a la vez que originan debates en el espacio público respecto de su perspectiva con el objetivo de transmitirla y hacer que sea compartida.

Los órganos e instituciones estatales tienen una función importante en la confección de una memoria oficial de una sociedad, proceso en el cual existen relatos que desplazan a otros, y así comienzan a volverse hegemónicos. Así es como la memoria oficial respecto al genocidio perpetrado durante la última dictadura ha recorrido los senderos de la “teoría de los dos demonios”. A partir de la cual se repudia, casi en un mismo plano, tanto el accionar represivo de las Fuerzas Armadas

como las metodologías de lucha de los distintos sectores que propugnaban por una transformación social. La memoria oficial construida desde 1983 explica las razones del golpe militar a partir de la necesidad de restaurar el “orden social” y no desde la búsqueda de implantación de un modelo económico de carácter regresivo en cuanto a la distribución del ingreso.

La memoria oficial, conformada de este modo, estuvo presente en los discursos políticos, mediáticos y educativos y se tradujo en una serie de políticas tendientes a garantizar la impunidad de los genocidas. En términos de Raymond Williams, la memoria oficial, operó como “forma cultural dominante” [2] y fue reproducida por los tres poderes del Estado. Las leyes de obediencia debida y punto final (1987) y los decretos de indulto (1990), en tanto expresión jurídico – política de la cultura de la impunidad, tuvieron no sólo el respaldo de los partidos políticos mayoritarios, sino que además fueron refrendados por el Poder Judicial.

Sostiene Jelín que “para que un tema o hecho logre en un momento determinado trascendencia pública, es necesario que existan actores que se convierten en lo que Becker ha denominado emprendedores morales” [3]. Es decir que para que, en nuestro caso, la memoria se convierta en una cuestión pública, debe haber alguien que trabaje para ello y le dedique a ello tiempo y esfuerzo. Tras la dictadura iniciada en 1976 el movimiento de derechos humanos ha sido el actor fundamental en esta tarea de la memoria. Principalmente se destacó y se destaca el protagonismo de grupos o movimientos de las víctimas o afectados directos de la dictadura, que han buscado dar a conocer sus experiencias y que el Estado asuma las reparaciones para con ellos que sean adecuadas. Estos actores se han nucleado en comunidades de pertenencia, elaborando expresiones simbólicas de sus reivindicaciones.

“Los emprendedores de la memoria, hacen un uso de ella que, siguiendo conceptualizaciones de Todorov, puede ser literal o ejemplar” [4], asociando la primera a lo que se llama generalmente memoria, sometiendo el pasado al presente; y la segunda a justicia, tomando injusticias pasadas para evitar las presentes.

Así es como pasada la dictadura, hubo un reencuentro con narrativas silenciadas y se genera un escenario de luchas por el sentido del pasado, con una pluralidad de actores y agentes, con demandas y reivindicaciones múltiples que incluye a quienes fueron directamente afectados por la opresión mediante censuras, desapariciones forzadas, torturas, exilios; y que demandan memoria, verdad y justicia, a partir del pasado, en el presente.

Se trata de prácticas de resistencia frente al poder que impulsa una memoria oficial. En ellas podemos ubicar a las distintas herramientas utilizadas por el movimiento de derechos humanos para librar su lucha por la construcción de sentido: desde las rondas de las Madres de Plaza de Mayo, las marchas conmemorativas exigiendo juicio y castigo, las diversas expresiones artísticas que aportan al trabajo del movimiento, hasta los escraches realizados por la agrupación H.I.J.O.S.

Acercándonos al objeto de este trabajo y adelantándonos a lo que desarrollaremos en los puntos siguientes, podemos afirmar que el escrache, en tanto instrumento de denuncia de la impunidad de los genocidas de la última dictadura, es una estrategia comunicacional. Tiene como finalidad dar a conocer algo que está oculto, algo que la mayoría no conoce. Se trata de manifestaciones colectivas frente al domicilio de un represor orientadas a comunicar a los habitantes de esa zona que allí vive un genocida, y que está libre gracias a la impunidad que lo ampara. Persigue la condena social, es decir, el repudio de la sociedad, ya que, como dijimos, en momentos de su aparición la justicia y el poder político se negaban a una condena efectiva de los crímenes perpetrados por la última dictadura.

H.I.J.O.S. agrupó desde sus comienzos en 1995 a los hijos de los detenidos – desaparecidos y exiliados por la última dictadura militar. Con los años, cada regional del país y del exterior, (como Chile, Uruguay o Suecia) conformados en red, fueron paulatinamente abriendo su población bajo el convencimiento de que todos somos hijos de la misma historia. Por ello, hoy la agrupación también incluye a personas sin familiares directos afectados. Esta apertura es coherente con el

reconocimiento que la agrupación promueve respecto de las marcas que el pasado dictatorial ha dejado en el presente: pobreza, impunidad, fragmentación social, represión policial, etc.

Se trata de un movimiento social que se organiza por la exigencia de justicia. Y en el compromiso con esa exigencia crea la herramienta del escrache. A partir de esta práctica se funda una nueva forma de entender la justicia. El pasaje de los “hijos” en un sentido literal a los H.I.J.O.S., como colectivo capaz de promover, entre otras cosas el escrache, nos muestra un pasaje del padecimiento y la autoidentificación como víctimas, a la experimentación de una subjetividad activa y productiva, en la que la toma de la palabra y de la iniciativa se revelan como fuente de creación.

El escrache de H.I.J.O.S. es un ejercicio virtuoso de la historia, una conjugación de dimensiones pasadas, presentes y futuras. “La memoria solicitada del escrache no es la del puro recuerdo, sino una que es capaz de producir imágenes potentes desde la situación actual. La memoria no opera como recuento acabado de la historia, sino como recurso político mayor. El escrache surge porque no hay justicia. Pero la motivación negativa no da lugar a lamentos, sino a la producción simbólica de formas de justicia fundadas en la condena social” [5].

LOS ESCRACHES, FORMAS CULTURALES EMERGENTES

Los escarches, mirados desde la línea de pensamiento de Raymond Williams, pueden reconocerse como “formas culturales emergentes” [6]. Estas expresiones, sostiene el autor, aportan nuevos significados y valores, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente. Sin embargo, resulta excepcionalmente difícil distinguir entre los elementos que constituyen efectivamente una nueva fase de la cultura dominante y los elementos que son esencialmente alternativos o de oposición a ella.

A partir de este enfoque, los escraches no solamente expresan el valor de lo nuevo en las prácticas de las expresiones populares, también representan una clara oposición a la cultura dominante. Este aspecto lo podemos observar en los

significados y valores que aportan al concepto de justicia, en los tipos de relaciones que se establecen y en la disputa por la construcción de sentidos respecto de nuestro pasado reciente.

Los escraches son una práctica novedosa, desbordan las formas tradicionales de la política. Se trata de una forma de lucha popular inscripta en un contexto sociopolítico determinado por nuevas formas de dominación, distintas a las que motivaron anteriores modos de lucha. "Hoy el contexto no está signado por una dictadura del Estado, sino por una dictadura del mercado que fragmenta y virtualiza las protestas. En este escenario, la subjetividad radical contemporánea inscripta en los escraches piensa y despliega prácticas de inclusión y rearticulación del tejido social" [7].

En este sentido se puede decir que la lógica del análisis de los nuevos modos de acción colectiva no son sino el resultado de las transformaciones producidas en las modalidades de dominación emergentes de una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo.

Se produce al mismo tiempo un desplazamiento respecto de las anteriores formas de expresión del movimiento de derechos humanos. Las fechas conmemorativas como el 24 de marzo (fecha de inicio de la dictadura en 1976) y los lugares simbolizados por el terror (como aquellos edificios que funcionaron como centros clandestinos de detención) representan las marcas que reavivaban la memoria de lo ocurrido durante el período dictatorial. El anclaje territorial de los escraches, es decir el domicilio particular de los genocidas, representa la impunidad otorgada durante los gobiernos democráticos y el paso a una forma de lucha que promueve la participación y el compromiso de nuevos actores, los vecinos.

El escrache funda una nueva ética, una nueva forma de relacionarnos con el pasado, otra idea de tiempo, donde el pasado actúa con fuerza, los desaparecidos viven como proyecto actual, es un pasado del presente. El futuro ya llegó a partir de la idea de que lo vamos construyendo, depende de nosotros, es un futuro del presente.

Se crea otra idea de justicia, contrapuesta a la justicia formal.

Con ello aporta un nuevo concepto de democracia. La consigna *si no hay justicia, hay escrache* plantea que la justicia no depende de una institución que la encarna, sino de la acción que la produce. Además, y esto es fundamental, la búsqueda de justicia no se agota en la pena carcelaria, se expresa más allá del Estado de derecho. Los escraches no cesarían si un puñado de genocidas sean detenidos. Lo realmente central es la capacidad popular de producir verdades, una vía por la cual el campo popular se convierte en sujeto autónomo.

“La singularidad del escrache es la búsqueda de justicia. Por eso mismo es universal” [8]. A partir de esa singularidad todos nos sentimos parte. Cuando se asume el escrache abstrayéndose de su significación profunda, pierde radicalidad política. Esto sucede cuando otras organizaciones, políticas o sindicales, toman esta herramienta para pedir reivindicaciones de otro tipo. Hay entonces un pedido al poder político y se corre el riesgo de caer en el entrampamiento de la negociación.

ALERTA LOS VECINOS....

UNA HERRAMIENTA COMUNICACIONAL

El escrache, entendido como una práctica orientada a la divulgación de datos ocultos, como se deriva de su origen lunfardo, en una primera aproximación puede ser abordado como una herramienta de comunicación que adquiere carácter de alternativa. En este sentido es preciso que nos desprendamos de la asociación lineal que habitualmente se hace entre comunicación y medios de comunicación.

Es, para H.I.J.O.S., una herramienta para la acción política, como lo es el piquete para el movimiento de desocupados. Y es comunicacional porque entre sus objetivos está la difusión del domicilio y los antecedentes represivos del genocida impune, y con ello se promueve una nueva concepción de la justicia y la reconstitución del tejido social a partir de la participación de los vecinos en la denuncia.

La consigna *alerta los vecinos, al lado de su casa está viviendo un asesino* pone de manifiesto la función comunicacional del escrache. Conjuga la acción de dar a conocer, a partir de la

denuncia, algo desconocido por la mayoría de los vecinos y al mismo tiempo es un llamado al compromiso con la justicia.

El escrache como práctica social es una herramienta de comunicación en sí misma. En su búsqueda de condena social conjuga una serie de modalidades comunicativas: cartas dirigidas a los vecinos explicando en qué consiste la actividad, quién es y dónde vive el represor a escrachar; diálogos *cara a cara* con habitantes y comerciantes de la zona; grafitos y cartelera ubicada en las proximidades; reuniones con actores locales para convocar a una organización conjunta de la actividad.

El acto frente al domicilio dura pocos minutos. Por lo general, se leen los antecedentes del represor, se da lugar a algún testimonio y se arroja pintura roja sobre el domicilio. Este hecho representa la sangre derramada por la dictadura.

Pero avancemos acerca del carácter comunicacional de los escraches: ¿están englobados en lo que algunos autores entienden por comunicación alternativa? En realidad, el concepto de comunicación alternativa no está claramente definido, contiene nebulosas y diferentes puntos de vista. En este trabajo la interpretaremos como discurso político con objetivos y prácticas diferentes a los desarrollados por los grupos que operan los medios de comunicación masiva, reproductores en gran medida del discurso político – cultural dominante. Estos discursos tienen objetivos orientados a la búsqueda de un cambio estructural de la sociedad.

En esta línea, Margarita Graciano resalta la instrumentalidad de algunas experiencias de comunicación alternativa, como “praxis transformadoras de la estructura social en tanto totalidad” [9] Así, los escraches, entendidos como hechos comunicativos, se presentan como prácticas fuertemente transformadoras de la memoria oficial, pero también de la idea de justicia y de participación popular. La investigadora afirma que lo alternativo se levanta frente a otra idea “no sólo de la comunicación, sino de las relaciones de poder, y de la transmisión de signos e imposición de códigos que esas relaciones permiten vehicular” [10].

En esta concepción, siguiendo a Vinelli y Rodríguez Esperón "el carácter de lo alternativo no se define sólo por los rasgos que adquiere determinada práctica (los escarches en nuestro caso) en su desarrollo. El elemento determinante es la pertenencia de dicha práctica comunicativa a un proyecto de cambio radical" [11]. La alternatividad, para los autores citados, es un proceso que abarca desde el discurso hasta la organización del medio y las formas sociales en que este se utiliza. Los escraches, desde esta perspectiva, conjugan un claro discurso contrahegemónico y una herramienta organizada colectivamente con el objetivo de generar cambios profundos, es decir, una práctica al servicio de la acción política.

Para los autores anteriormente mencionados, existe una relación dialéctica entre la comunicación alternativa y la contrainformación. Esta última, en tanto discurso propio, no se limita a dar vuelta la información oficial. En efecto, las prácticas alternativas, contrainformativas u opositoras (en términos de Raymond Williams) encarnadas en un proyecto de cambio social, definen su agenda de acuerdo a objetivos políticos. Esto significa para un medio alternativo el desafío de no quedar atado sólo a un análisis crítico de los temas que marcan la agenda de los medios masivos reproductores/generadores de la agenda oficial. Los escarches cuestionan duramente la memoria oficial y las políticas de impunidad promovida desde el poder dominante, pero como afirmamos en el apartado anterior, construyen una visión de la justicia que no se asocia a la justicia formal, no depende de las instituciones, sino de las acciones que las promueven, no se limita a la pena carcelaria, sino a una condena ética por parte de la sociedad.

Otra característica de la comunicación alternativa es que la elección del medio contrainformativo está condicionada por el contexto político. Así como Rodolfo Walsh impulsó herramientas distintas de contrainformación de acuerdo a la coyuntura (Prensa Latina, Semanario CGT de los argentinos o ANCLA), los escraches irrumpen cuando las políticas en favor de la impunidad habían llegado a su punto más alto y empezaban a aparecer nuevas formas de lucha social asociadas a la creciente visibilidad del movimiento popular, expresiones que llegaron al

extremo en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Junto al contexto social y político es importante analizar, como condicionante a la hora de definir la herramienta comunicativa, la situación de recepción. El surgimiento y desarrollo de los escarches, sobre todo la etapa en la que se profundizó la relación con los vecinos de los barrios donde viven los genocidas, se sitúa en un marco de repudio generalizado a la justicia oficial, primero, y a la dirigencia política tradicional, más tarde.

La definición del medio alternativo en tanto herramienta es, entonces, central para entender a los escraches como hecho comunicacional de carácter transformador. Así, el cineasta detenido desaparecido Raymundo Gleyzer, al referirse al cine militante que practicaba, decía en 1973 “se asume integralmente como instrumento, complemento o apoyatura de una determinada política de las organizaciones que la llevan a cabo” [12].

Desde otra perspectiva, los objetivos y prácticas políticas de los grupos que desarrollan una comunicación alternativa pueden ser variados. Para autores como Mario Kaplún [13] -cuya obra constituye un aporte innovador y creativo en favor de un encuentro entre comunicación y educación- la comunicación es sinónimo de horizontalidad en donde la relación emisor-receptor no constituye una lucha de poder sino de retroalimentación con lo que habría participación y diálogo entre las personas.

El uso de instrumentos de comunicación en el sentido que explica Kaplún constituye una característica primordial para la comunicación alternativa, pues, si se quiere asumir como tal deberá posibilitar el diálogo y participación entre los emisores-receptores para que estos últimos se conviertan en emisores. Esta horizontalidad entre emisor y receptor queda claramente evidenciada en los escraches. La actividad se organiza conjuntamente, y una vez finalizada, la denuncia y el repudio continúan desde la cotidianeidad barrial.

Es posible reconocer algunas etapas. Durante los primeros años, a partir de su surgimiento en 1998, los escraches se realizaban fundamentalmente en los centros de las ciudades,

eran fugaces, lograban un fuerte impacto mediático y se sumaban distintos sectores de la militancia social y política. Se buscaba entonces la presencia de los medios, primeramente porque eran de algún modo una protección necesaria en caso de represión por parte de las fuerzas de seguridad. Por otro lado era la manera de lograr repercusión masiva de la información que se intentaba divulgar, es decir, el domicilio y los antecedentes represivos del escrachado. Consecuencia de esta mediaticidad, los escraches adoptaban en cierto modo la lógica mediática de la espectacularidad.

La relación con los medios de comunicación fue motivo de discusiones al interior de la agrupación a partir de tres elementos. Primero, el desprestigio que en vastos sectores de la sociedad empezaron a tener los grandes multimedios desde 2001, momento álgido de la protesta social en nuestro país. Segundo la convicción de que la justicia que los escraches cuestionaban era en gran medida respaldada por el poder mediático. Finalmente, y como resultado de lo anterior, la pregunta ¿cuál es el sujeto de los escraches? derivó en la necesidad de impulsar esta herramienta en cada barrio a partir de una organización conjunta con actores locales, con tiempos prolongados de preparación.

Se produjo pues un desplazamiento significativo: los escraches empezaron a hacerse en los diversos barrios y zonas alejadas del radio céntrico de las ciudades, a desplegarse en el espacio público de la cotidianeidad y a trabajarse durante semanas o meses con distintas organizaciones de la zona. Se conforma desde entonces una Mesa de Escrache Popular en el barrio y se discute durante un tiempo la manera de llevarlo adelante.

A partir de esto último no puede pensarse el escrache desde la oposición adentro/afuera. El escrache no viene sólo de afuera ni pertenece únicamente al barrio. Más bien se enmarca en una modalidad que hace emerger algo en común, es una construcción compartida entre la agrupación H.I.J.O.S., la mesa de organizaciones locales y los vecinos.

EL FUTURO DE LOS ESCRACHES

NULIDAD Y DESPUÉS

La reciente nulidad legislativa de las leyes de impunidad sancionadas en democracia abre la discusión acerca de una nueva etapa del escrache. Ya dijimos que esta práctica genera y promueve una visión de la justicia que trasciende a la justicia formal, pero ¿qué sucederá cuando esa justicia formal, producto sin dudas de la lucha del movimiento, comience a desandar el camino de la impunidad?

H.I.J.O.S. cree en la continuidad de los escraches más allá de la cantidad de genocidas presos. “Cuando no queden genocidas libres, habrá dirigentes políticos, curas, médicos, grandes empresarios, periodistas, que fueron cómplices y en muchos casos ideólogos del golpe militar que durante todos estos años se han cobijado bajo la misma impunidad. Muchos de ellos son los que además han sostenido y profundizado el modelo económico impuesto por la dictadura”.

En todo caso el rol de los escraches sigue siendo el de condena social, “porque nosotros consideramos que no nos sirve sólo la condena jurídica, la sociedad también debe condenar además de la justicia, es una retroalimentación entre ambas. Y el escrache pasa a ser también una manera de graficar la memoria, recordar, de seguir ocupando las calles, de seguir llenando de contenido político los procesos jurídicos”.

En momentos en los que la justicia formal empieza a desandar el camino de la impunidad que ella misma contribuyó a forjar, existiría el riesgo de la desaparición del escrache como herramienta comunicacional. Esto sucedería si con la condena efectiva a los genocidas de la dictadura se terminaran los objetivos del movimiento de derechos humanos. Pero el sentido de la memoria colectiva, de una condena social, de *otra justicia* y la búsqueda de un compromiso de todos con un país más justo auspician una continuidad de los escraches, un dinamismo que, como sucedió hasta este momento, se inscribe en una rediscusión permanente y en una hipótesis práctica.

[1] Jelín, Elizabeth. “Los trabajos de la memoria”. Pág. 39.

[2] Williams, Raymond. “Cultura. Sociología de la comunicación y del arte” Pág. 189.

- [3] Jelín, Elizabeth. "Los trabajos de la memoria". Pág. 48.
- [4] Ibídem, Pág. 49.
- [5] Mesa de Escrache Popular. "Situaciones 5. Genocida en el barrio".
- [6] Williams, Raymond. "Cultura. Sociología de la comunicación y del arte" Pág. 189.
- [7] Mesa de Escrache Popular. "Situaciones 5. Genocida en el barrio".
- [8] Ibídem.
- [9] Graciano, Margarita. "Para una definición alternativa de la comunicación".
- [10] Ibídem.
- [11] Vinelli, N. y Rodríguez Esperón, C. "Contrainformación. Medios alternativos para la acción política".
- [12] Ibídem.
- [13] Kaplún, Mario. "El comunicador popular".

BIBLIOGRAFÍA

- Jelín, Elizabeth. "Los trabajos de la memoria". Siglo XXI, Bs. As. 2002.
- Williams, Raymond. "Cultura. Sociología de la comunicación y del arte". Paidós, Barcelona, 1982.
- Graciano, Margarita. "Para una definición alternativa de la comunicación" ININOCO, N° 1, Venezuela. 1980.
- Mesa de Escrache Popular. "Situaciones 5. Genocida en el barrio" De mano en mano, Bs. As. 2002.
- Vinelli, N. y Rodríguez Esperón, C. "Contrainformación. Medios alternativos para la acción política". Ediciones Continente, Bs. As. 2004.
- Kaplún, Mario. "El comunicador popular". Humanitas, Bs. As. 1985.

Entrevistas con miembros de H.I.J.O.S. Red Nacional.